

La fuerza evangelizadora del carisma teresiano

Hna. Asunción Codes Jiménez, stj

En este mes de enero, me propongo compartir con la Familia Teresiana algunas convicciones sobre la fuerza evangelizadora de nuestro carisma, en diálogo con las realidades de nuestros pueblos y la palabra audaz y esperanzadora de Francisco en la Exhortación *Evangelii Gaudium*: “La alegría del Evangelio”.

Una mirada contemplativa al tiempo presente nos permite experimentarlo como oportunidad siempre nueva, como una realidad repleta de semillas de vida y esperanza, con potencial para vivir en solidaridad, y con gestos y realizaciones que nos devuelven la fe en la persona y su sed de verdad y de justicia.

Pero no podemos dejar de pensar que vivimos también tiempos de incertidumbre, inseguridad, y vulnerabilidad, a distintos niveles y con diferentes concreciones, que debilitan a muchos seres humanos y destruyen el tejido social en las diferentes realidades donde estamos. El concepto de comunidad se ve manipulado muchas veces ante las exigencias del bienestar social o la mal entendida “seguridad” de pueblos y grupos que cierran fronteras a la inmigración o al comercio, también a la información o al pluralismo ideológico o religioso, y en general a la solidaridad como modo de pensarnos los seres humanos, en relación y en interdependencia.

Las crisis económicas y los diferentes procesos de transformación sociales van influyendo en el modo de vivir las relaciones humanas, el sentido del trabajo y la práctica de nuestro consumo cotidiano.

Es preciso que la educación introduzca elementos serios de reflexión y actuación que desmonten falacias y ofrezcan auténticos criterios de valoración de cada persona, más allá del poder adquisitivo que tiene, del puesto de trabajo que ocupa o del poder que maneja.

La desposesión de los derechos humanos de tantos pueblos del planeta, nos interpela a la hora de plantear una evangelización en la que las “propuestas místicas” vayan de la mano de un fuerte compromiso social y misionero, y los discursos y praxis, sociales o pastorales, sean el fruto maduro de una espiritualidad que transforma el corazón (EG 259-267).

Hoy ya no basta con “indignarse”, hay que dar un paso más para recuperar la fe en el compromiso, responsabilizarnos como ciudadanos de aportar acciones válidas a los cambios sociales en favor de la paz, el diálogo social, la libertad y la justicia, la igualdad de oportunidades y la distribución de la riqueza. Es tiempo de buscar juntos y consensuar una propuesta ética universal que propicie el encuentro y los avances significativos a los pueblos en procesos de humanización y construcción de una vida digna para todos.

No sería legítimo dar respuestas a la sed de espiritualidad y sentido de la vida, que se manifiesta hoy de diversos modos en cada cultura, sin esforzarnos por vincular el proceso de interiorización con el compromiso de transformación personal, comunitaria, social.

El Papa Francisco nos presenta como el mayor obstáculo para poner en marcha una nueva etapa evangelizadora de estas características en la Iglesia, la mediocridad espiritual. Está impulsando con fuerza una etapa “más ardiente, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin, y de vida contagiosa”. Pero todo será insuficiente, nos dice, *“si no arde en los corazones el fuego del Espíritu”*. *Sin ese Espíritu de Jesús. la Iglesia se apaga y se extingue. Solo su Espíritu puede poner más verdad en el cristianismo actual, y puede conducirnos a recuperar nuestra verdadera identidad. “No es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra.... no es lo mismo tratar de construir con su Evangelio que hacerlo solo con la propia vida.”*

Por eso busca para la Iglesia hoy “EVANGELIZADORES CON ESPIRITU”, que se abran sin miedo a su acción y encuentren ahí *“su fuerza para comunicar la verdad del Evangelio con audacia”*. Ante todo esto, y por la experiencia compartida de muchos teresianos/as, hoy surge en mí la necesidad de agradecer, con toda la Familia Teresiana, la fuerza evangelizadora que encierra el carisma teresiano de Enrique de Ossó.

No terminaremos nunca de agradecer el don que significa para nosotras Enrique y su pasión por Jesús y el Reino. Su gran deseo fue CONOCERLE Y AMARLE, como resumen de la vida eterna que anhela, APRENDER de Él, sintonizar con sus sentimientos y deseos del corazón de Jesús. Su aspiración más profunda es llegar a ser otro Cristo en la tierra, configurar su vida con la de Jesús, dejarse hacer y construir, consumirse en el mismo “fuego” que abrasó a Jesús, la pasión por el Padre y su Reino de paz, de justicia, de perdón y reconciliación, de amor y amistad... En Jesús lo tiene todo, lo resume todo, lo encuentra todo. Le pertenece: *“seré siempre de Jesús, su misionero de paz y amor”*. Es el “camino, verdad y vida” que dilata el corazón humano y le devuelve la verdadera identidad perdida: SER HIJO/A Y HERMANO/A de todos, construir juntos una nueva humanidad, según el proyecto del Padre.

“Te suplico me des, como a Pablo, a mí, el mínimo de tus ministros, el evangelizar a todo el mundo las insondables riquezas de amor que Tu atesoras” (VJ, en EEO I, 485-486), *“no vaya yo de esta vida, Jesús mío, sin haberos amado y hecho conocer y amar”* (RT, 15 de enero de 1896) le pedirá Enrique en su continua oración. Y Jesús le regalará el sentido profundo de su vocación, “incendiar” otros corazones del mismo fuego que arde en sus entrañas y en las de su amada Teresa, encarnar el amor apostólico, la fuerza evangelizadora de Jesús.

Podemos concluir sin lugar a dudas que fue un EVANGELIZADOR CON ESPIRITU. Y ésta es también la razón fundamental por la que podemos decir que Teresa de Jesús en la vida de Enrique no es una casualidad, es un don del cielo. Para el hombre apasionado por Dios y por su pueblo, que intuye caminos de espiritualidad capaces de regenerar España, encontrar una mujer con un corazón como el de Jesús, dilatado por el amor de Dios, incendiado por el “fuego ardiente” de la pasión por el Reino, es bendición y regalo del Espíritu. Enrique sintoniza y se ve esculpido en ese corazón magnánimo y ensanchado por el amor y la confianza, que no sufre quedarse de brazos cruzados ante los males de su tiempo, que pide a gritos *“poder servir en algo a quien tanto debe”*, y *“hacer grandes obras en servicio de nuestro Señor y del prójimo”* (MC 7).

No se trata sólo de hacer obras coherentes con el evangelio que leemos y meditamos, sujetas a demasiada “discreción”, muchas veces... *“El celo es como la llama ardiente del fuego del divino AMOR: un deseo vehemente de dar a conocer a Dios, de formar o perfeccionar la imagen adorable de Jesús en todas las almas por lograr su salvación cueste lo que cueste”* ... La

fuerza de la evangelización sólo puede surgir de un reconocimiento, lúcido y agradecido, de la obra de Dios en nosotros, de su comunicación constante, con palabras y acciones salvadoras, que *“ensancha el espacio interior”* de nuestra libertad, de nuestro amor y compromiso. Un solo Amor y una única pasión en una doble vertiente es lo que provoca el verdadero nacimiento del evangelizador/a con espíritu.

Podremos enriquecer este núcleo esencial con muchos matices propios del carisma y que os animo a profundizar en cada realidad, en diálogo con las culturas y circunstancias respectivas de cada país. Mi aportación ahora sólo quiere subrayar algunos dinamismos que se repiten en todos los proyectos teresianos y que significan una oferta valiosa para la persona y la sociedad de nuestro tiempo:

- ≈ La mirada contemplativa al mundo, en continuidad con el descubrimiento de su presencia en nosotros y en lo más profundo de toda realidad, junto con el discernimiento de las respuestas oportunas, concretas, y en continua evolución. Enrique encarna desde el principio esa fidelidad creativa que hace fecundo aquel *“árbol de Santa Teresa”*. En el corazón de este amor expansivo y generador de nueva vida, sitúa a la mujer, a la que otorga un protagonismo y una confianza incondicionales.
- ≈ Un dinamismo asociativo y comunitario que caracteriza todos los proyectos de Enrique. Con este movimiento, afianza la acción evangelizadora, genera iglesia y sociedad nuevas, contagia y estimula a vivir el misterio que impulsa las vidas de aquellas primeras seguidoras. Hoy haremos un gran servicio si nos empeñamos también en reforzar estructuras de solidaridad comunitaria (EG 188), en colaboración con otros implicados en recuperar el tejido social dañado en nuestros pueblos y ciudades; si creemos y nos comprometemos en vivir la fuerza profética del seguimiento de Jesús en comunidad, sin dejarnos atrapar por los conflictos que conlleva la vida cotidiana y el crecimiento con otros/as; si recobramos o fomentamos entre los teresianos ese *“gusto espiritual de ser pueblo”*, como nos recuerda el Papa Francisco¹... *“Nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia”* y sin estos aprendizajes en comunidad de discípulos/as.
- ≈ Reconstruir la sociedad para Cristo. En cualquier propuesta evangelizadora teresiana, no puede faltar el dinamismo de transformación, personal y social, como otro componente esencial del carisma (PET 80). No da igual el alcance que demos y las consecuencias que tengan nuestras propuestas educativas, pastorales, o de espiritualidad. El amor jamás está ocioso, y pide obras, crecimiento, *“procurar ir siempre adelante”*. Aunque nuestras acciones educativas sean de *“largo plazo”*, apostemos cotidianamente por educarnos para el diálogo social, la cooperación, la equidad de género, la participación responsable, el respeto y al defensa de los derechos humanos, en cada uno de los entornos en los que nos movemos.
- ≈ Encarnar en nuestras acciones educativas –en la pluralidad de formas y presencias– una pedagogía que cree en las posibilidades de verdad, crecimiento y reconstrucción del ser humano, y una mistagogía experiencial en la transmisión de la fe. Ofrecer el *“itinerario teresiano”* -camino recorrido por cada una de nosotras primero- no es sino

¹ EG nº 268-274: *“Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo... Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia”*

acompañar, de formas diferentes y con creatividad, el proceso de “hacernos personas creyentes” y de poner en juego el caudal entero; reorientar nuestros deseos para que sintonicen con los de Jesús. Liberarnos para amar y servir a nuestros hermanos y hermanas, en especial a los más pequeños, los más débiles, los que sufren, los que no cuentan.

FAMILIA Teresiana, es tiempo de esperanza y compromiso para el evangelizador teresiano. “Dios aborrece la paz de los que ha llamado a la guerra, el descanso de los que ha llamado al trabajo y la quietud de los que ha llamado al movimiento (...) *Seamos, pues, fieles a la gracia de la vocación y nada temamos; pues si Dios os ha llamado, fiel en sus promesas y veraz en sus obras, nos dará gracia eficaz para cumplir nuestra misión*” (EE.O. II, pg 260) Es tiempo de fecundidad y de alegría verdadera, la que nos llega de pensar, amar, trabajar, orar y padecer, vivir como Jesús. “Ay de mí si no evangelizare” ... “*Si Dios está con nosotras ¿quién contra nosotras? ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo*” (Roma 8, 35ss) ... “*Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quién en solo Vos confía?*” (V 25, 17). Es tiempo de caminar. TODO POR JESÚS.”

Artículo publicado en el Boletín STJ – enero 2014